

CAPITULO CXII.

La cuñada de Rosa.

Apenas salieron de la casa Elisa y su madre y se dirigieron calle abajo, cuando Rafaela que rabiaba por curiosear, puso la labor en el canastillo y colocándosele debajo del brazo, como habia hecho la tia Gervasia con la cesta de la calceta, se fué hácia la casa de Rosa y se entró dentro muy bonitamente.

—Pase usted vecina, pase usted la dijo la tia Gervasia que llena del mayor celo se habia puesto á barrer la sala.

—¡Ay! qué casa tan hermosa!... no se parece á la nuestra que es un chirivivil; exclamó Rafaela tendiendo curiosas miradas en su derredor.

—Ya lo creo!... y bien poco que la disfrutó su pobre dueña!... exclamó con un suspiro la anciana.

—De quién era, pues?... preguntó Rafaela.

—De una desventurada mujer, que era una santa, y pudo siempre haberlo sido; pero todos se conjuraron para perderla, hasta sus mismos padres fueron tan inhumanos,

que cuando arrepentida de su primera debilidad fué á pedirles perdon, la arrojaron de su casa como se arroja á un perro; ellos tienen la culpa de todo lo malo que haya podido hacer desde entonces esta infeliz.

—Se refiere usted á Rosa Torrente?... preguntó Rafaela.

—La misma; suya era esta casa y varias fincas que empenñó para salir de sus apuros.

Rafaela se quedó profundamente pensativa.

La tia Gervasia no sabia que sus vecinos eran los hermanos de Rosa, y estos ignoraban que la anciana fuese su antigua amiga, porque habian vivido siempre en un pueblo bastante distante de Moralejo.

La tia Gervasia continuaba su tarea de quitar el polvo á los muebles y arreglarlos de la misma manera que los tenia Rosa, como si hubiera presentido que muy pronto iria á vivir otra vez en su querida casita.

Entretenida en esta ocupacion no advirtió el efecto que habian hecho sus palabras en Rafaela. Esta seguia muy pensativa examinando todos los objetos con la mayor atencion.

De pronto se fijó en la cuna, y preguntó.

—Y esta cuna, señora Gervasia?...

—Era del niño que tuvo Rosa, contestó sencillamente la anciana; ya será un hombre, porque nació antes de la batalla de Huesca que fué el año 37 y estamos en 54, debe tener de 19 á 20 años y si se parece á sus padres, será un gallardo mozo.

—Yo quisiera tener algunos detalles de esa historia, y voy á ser á usted franca, señora Gervasia, para que usted lo sea conmigo; Rosa es la hermana de mi marido...

—Hermana!... exclamó la tia Gervasia mirando con asombro á Rafaela y yendo á sentarse junto á ella en el sofá.

—Sí, señora, hermana; pero en mi casa la creen el origen de todas las desgracias que han sufrido y se la tiene un ódio tan grande que no se puede ni nombrarla delante de Anselmo porque se pone hecho un tigre.

—¡Ay! me alegro saberlo, así tendré buen cuidado de no mencionarla jamás; dijo la tia Gervasia. Pero no tienen razon en su ódio porque ellos han sido mas bien los autores de la desgracia de la pobre Rosa, y sin duda Dios les ha castigado por su crueldad.

Una debilidad de esa naturaleza cualquiera la tiene y es mas escusable en una niña de quince años como era Rosa cuando se enamoró del marqués. Creo que en su caso á cualquiera le hubiera sucedido lo mismo, porque era un hombre muy gallardo, muy guapo, con todos los atractivos de la riqueza y de su gran posicion y á esto no sabe ni tiene medios para resistir una infeliz criatura nacida en un monte donde no ha conocido mas hombres que los de su familia y los toscos pastores que guardan los rebaños.

—Tiene usted muchísima razon, señora Gervasia, dijo Rafaela; eso mismo hemos dicho muchas veces mi suegra y yo, defendiéndola á hurtadillas, porque delante de mi suegro y de mi marido no podemos tocar este asunto.

—Los hombres no reflexionan nunca en las consecuencias de su proceder; es tanto su orgullo que creen bien hecho todo lo que hacen; pero no pueden dominar á su conciencia tan fácilmente como á sus mujeres, y ella se encarga casi siempre de hacer triunfar nuestras opiniones.

Cualquier cosa apostaría yo á que el padre de Anselmo está arrepentido de haber usado con su hija una conducta tan dura y los remordimientos que sienta por haberla precipitado en un abismo de perdicion serán el origen de ese ódio que aparenta sentir y que en realidad solo es un pretesto para ocultar á los demas y para ocultarse á sí mismo los tormentos que sufre.

—Quizá no se engañe usted; mi suegra lo dice tambien, y muchas veces le ha dicho que el castigo de Dios es muy justo, y está bien patente, porque desde el momento en que Rosa fué arrojada de la casa no han llovido mas que desgracias sobre nosotros. Mi suegra se quedó ciega y la infeliz pasa los dias en el rincon del hogar pasando las cuentas del rosario. Si la llevan la comida come, si no, nada pide. Por la noche se va á tientas á su cama y se acuesta, sin hablar con su marido al que continuamente llama mónstruo y tirano.

—Triste condicion!...

—Por supuesto que mi suegro está desconocido; él que era un hombre robusto, alegre, y decidor aunque de carácter rudo y tenaz, se ha quedado como una espátula, apenas come, apenas duerme y no se ve jamás una sonrisa en sus labios

Le arrojaron de la hacienda y aquel golpe acabó de asesinarle, porque no estaba acostumbrado á la vida de^l jornalero, sino á las comodidades de su casa y yo creo que se va á morir pronto.

Le hicieron guarda del monte; pero es tal su postracion y su abatimiento, que no tiene fuerzas ni aun para sostener la escopeta, de modo que se cometen frecuentes robos

de leñas y de caza que él no evita, por lo cual me parece que no tardarán en despedirle y entonces no le queda ya mas recurso que implorar la caridad pública, porque mi marido apenas gana para mantenernos nosotros y nuestros hijos.

Rafaela calló y la tia Gervasia conmovida por su relato exclamó con acento inspirado:

—Ah! Rosa será su providencia; si ella lo sabe no le dejará perecer.

—Pero si él no quiere verla, ni que se la nombren!... Se pone pálido, convulso, con la mirada encendida y los labios trémulos cuando por casualidad se desliza en la conversacion alguna palabra que se refiera á ella.

—Aquí hace falta un sacerdote que con elocuente voz penetre hasta su corazon y le convenza. El párroco de Moralejo queria mucho á Rosa y él se encargará de hablarle, ¿quiere usted que le hablemos?...

—Con mucho gusto señora Gervasia; iremos sin que mi marido entienda una palabra.

Y á propósito, ya vendrá del campo y no le tengo la cena preparada. Ea!... adios.

—Vaya usted con Dios, vecina; esta noche hablaremos largamente.

Rafaela salió y la tia Gervasia continuó en su tarea de limpiar la casa, dejándolo todo en el mismo estado que lo tenia Rosa.

CAPITULO CXIII.

Corazon de madre.

La conversacion de la tia Gervasia y de Rafaela nos ha informado de la triste situacion de la familia de Rosa.

Todo era cierto, las grandes pérdidas sufridas en su fortuna los arruinaron por completo, siendo la consecuencia inmediata la falta de salud, de tranquilidad y de aquella dichosa armonia que habia reinado siempre entre ellos.

Sola, triste como de costumbre y sumida en las tinieblas de la eterna noche estaba la madre de Rosa, sentada en un poyo de yeso que habia á la puerta de su modesta casa.

Era en el mes de agosto despues de la revolucion del 54, y á los pocos dias de la conversacion que hemos referido en el capítulo anterior.

Las sombras de la noche empezaban á estenderse por las carrascas del monte, y la pobre ciega que sentia sobre

su rostro el dulce ambiente del crepúsculo vespertino, murmuró en voz baja:

—Oh! ya deben llegar Rafaela y Anselmo; ¿cómo se detendrán tanto?...

A poco sintió crugir las carrascas, como para dar paso á una persona, porque estaba espesísima aquella parte del monte.

—Ya están aquí!... exclamó aplicando el oído.

El ruido se hizo mas perceptible á medida que se acercaba, y cinco minutos despues una caballería se detuvo á pocos pasos de la anciana.

—Ah! pues, no es Andrés ni Rafaela!... quién vá? preguntó.

—Buenas tardes, señora María!.. exclamó un venerable sacerdote, apeándose con mucha agilidad de la pequeña mula que le conducía.

—Muy buenas las tenga usted; contestó la ciega; es usted algun caminante que se ha extraviado en este monte, porque su voz me es desconocida; yo señor soy ciega y no puedo distinguir sus facciones.

—Soy el cura párroco de Moralejo, señora María; tengo permiso para cazar en este monte y he venido por distraerme un rato á matar un conejo.

—Muy bien venido, señor cura, celebro tanto conocer á usted; pero me estraña que sepa mi nombre!...

—Es que yo sin haber visto á ustedes nunca, conozco á toda la familia; ¿y el tio Andrés como se encuentra de salud? dijo el sacerdote sentándose cerca de la tia María despues de haber atado la mula á los barrotes de una ventana.

—Muy mal, cada día que pasa está mas abatido, por su gusto no se levantaria nunca de esa tarima que hay junto al fuego, donde pasa las noches y los días, en una indolencia estremada, sin hablar palabra, sin querer tomar alimentos y con una falta total de fuerzas, que le aniquilan por instantes.

—Pues ahora no está; dijo el sacerdote mirando hácia donde le habia señalado la anciana.

—Esta tarde salió, casi por fuerza, pues, parece que han hecho una corta de leña esta noche pasada; le avisaron y fué, porque estamos viendo que los amos le van á quitar el destino; no vigila ni cuida el monte como es su obligacion y roban mucha leña y mucha caza; qué desgracia la nuestra, señor Cura, nos vamos á ver sin un pedazo de pan!...

La ciega engujó con la punta de su delantal las gruesas lágrimas que corrian de sus ojos.

—Y por qué desesperarse?... tengan Vdes. confianza en la misericordia de Dios, que no abandona nunca á los que verdaderamente le aman y le imploran con fé.

—Esta casa, señor, está maldita, desde el momento en que mi pobre hija, arrepentida de su flaqueza, vino á pedir perdon y se le negó impiamente arrojándola como á un perro en medio de una noche de enero, nevando, y en medio de un campo como á un criminal endurecido y peor aun, porque no se hubiera negado en semejante noche un asilo al hombre mas malo que hubiera venido á implorarle. Ah! cuán desgraciados somos desde aquel día!...

—Fué mucha crueldad seguramente!... la pobre Rosa vino por mi consejo á buscar el perdon de su padre; la in-

feliz estaba convaleciente de una enfermedad larguísima y penosa y fué milagro que no sucumbiera.

—Pero no sucumbió?... si nosotros la creemos muerta!.. jamás en esta casa ha vuelto á pronunciarse su nombre!..

—Vive!... señora; vive!... pero ha sido muy desgraciada!..

—Ah!... gracias, Dios mio!... gracias!... ¡vive mi hija!... Y dónde está?... qué es de ella?... quiero verla!... quiero abrazarla; hija de mi corazón!... Lléveme V. donde se encuentre mi hija; yo iré á pié al cabo del mundo por buscarla, pediré limosna de puerta en puerta y no podré descansar hasta que la tenga entre mis brazos.

Vamos, señor, vámonos antes que venga mi marido.

Y la pobre madre se habia puesto en pié y tendia sus manos suplicantes hácia el sacerdote. De pronto bajó la voz y exclamó con pausado acento:

—Ah!... pero que no lo sepan ni Andrés, ni Anselmo, porque la odian; despues de tantos años no se ha estinguído en sus corazones negros como las alas del cuervo el aborrecimiento que la tenian!... Ellos deben saber que vive; sí, lo saben, no me queda duda; pero nunca me lo han dicho.

—No es estraño; ellos no tienen corazón de madre!..

—Cuántas amarguras he pasado por esa hija querida!.. vea V., siempre el rosario entre mis manos, y es porque todas mis oraciones son para ella; desde que desapareció de mi casa parece como que forme parte de mi propio sér y á todas horas la veo, sueño con ella, y una voz en mi alma me gritaba siempre: «¡la verás!» «¡la verás!»

—Pobre madre! murmuró el sacerdote; luego dijo en

voz mas alta. Ha sido muy infeliz, algunos la llaman criminal; pero yo creo que su alma ha permanecido inmaculada en medio del cieno de los vicios.

—Cuénteme V. por piedad, señor cura, todo cuanto sepa de su vida, y sobre todo dígame dónde se halla en este momento, porque quiero verla.

Y la pobre anciana, como si hubiera tenido luz en sus ojos, acentuaba la palabra *verla*, sin pensar siquiera en que se hallaba sumida en las tinieblas de su eterna noche.

—Hoy está en Madrid; si podemos hacer que el tío Andrés no la odie, ella vendrá; es preciso prepararle.

—Sí; háblele V., señor cura.

—Yo nó; primero sondee V. su corazón, y con esa elocuencia bendita de las madres háblele en favor de su hija, preparando el terreno para una reconciliación; que no sepa nada de mí, pero inspírele V. la idea de que acaso pudiera tranquilizar su conciencia, que debe tener sin duda muy alterada, apelando al tribunal de la penitencia, y como Anselmo vive ahora en Moralejo, que me llame; yo vendré entonces y terminaré la santa obra emprendida por V.

El sacerdote se levantó.

—¡Ay! si viera V. qué poca influencia tengo sobre él!... pero pediré á Dios fuerzas para llevar á cabo este pensamiento. Gracias, señor cura, muchísimas gracias por su bondad y por sus consuelos.

—Adios; no puedo detenerme; es ya de noche y conviene que el tío Andrés ignore esta conversacion que hemos tenido.

—La ignorará. Dios le lleve con bien.

—Y á V. la dé fuerzas para luchar con su marido y

convencerle á fin de que abra su corazon á la piedad y al perdon.

Muy buenas tardes, señora María, espero que me llame usted pronto.

—El cielo le guíe; desde esta noche empezaré á trabajar para conseguirlo.

El sacerdote montó en su mula y á poco desapareció entre las carrascas del monte.

La anciana, con el rostro bañado en llanto, cayó de rodillas pidiendo á Dios que ablandara el endurecido corazon del tio Andrés.

CAPITULO CXIV.

Remordimientos.

A poco rato de haber desaparecido el sacerdote llegó el tío Andrés, con la escopeta al hombro, la cabeza caída sobre el pecho y sumido en el mas profundo desaliento.

Inmediatamente reconoció la tía María los acompasados pasos de su marido, que con pesadez resonaban en el endurecido terreno del monte, á la espalda de la casa.

La pobre mujer, que aun permanecía arrodillada, se levantó como movida por un resorte, exclamando en voz baja:

—Ya está aquí!... ¡Dios mio! dadme fuerzas.

Sin decir una palabra el tío Andrés entró en la casa, dejó la escopeta en un rincon de la cocina y fué a tenderse, falto completamente de aliento, en el entarimado que le servia de cama.

Su mujer, cuya falta de vista la suplía en parte el oido, tenia una percepcion finísima, y se enteró de éstas opera-

ciones como si las hubiera visto, adivinando que el humor de su marido debía ser muy poco agradable.

Le siguió sin embargo recorriendo las paredes, y cuando calculó que estaba cerca de la tarima le dijo dulcificando todo lo posible su acento:

—Andrés, eres tú?... creo haberte conocido en los pasos, estás mejor?...

—Vengo malo, muy malo; pero dónde está Rafaela, que no enciende una luz?... exclamó el tío Andrés en un tono tan áspero que contrastaba notablemente con la inflexion dulce y delicada que habia dado al suyo la tía María.

—Pues qué es ya de noche? preguntó la ciega.

—Yo lo creo; y estamos completamente á oscuras.

—Dios mio!... qué le habrá sucedido á Rafaela?...

—Me sorprende que no esté aquí ya; todas las tardes se viene temprano á preparar la cena.

—Y á mí tambien, dijo la tía María: por fortuna hoy la tiene hecha, y quizá por eso se retarde un poco: yo encenderé la luz.

Y la pobre mujer, con mucho trabajo, buscó un candil, le colgó en un clavo, y luego, tomando una pajueta que se guardaba siempre en sitio determinado, fué hácia el hogar y la encendió en las brasas, enterándose de paso si la cena estaba caliente.

Cuando estuvo la luz encendida, preguntó al tío Andrés si queria cenar.

—Esperaremos un poco á ver si viene esa chica.

—Como gustes, repuso la tía María sentándose en una sillita baja cerca de su marido y cruzando sus manos unidas sobre las rodillas, se quedó muy pensativa.

Sin duda buscaba en su interior la forma en que habia de entablar una conversacion sobre Rosa cuando hacia tantos años que no se la nombraba en la casa.

Pasaron unos instantes en silencio.

El tío Andrés tambien estaba muy preocupado, y en sus facciones pálidas y demacradas, en el brillo de sus ojos, en el ardor de su piel y en la insaciable sed que le devoraba se conocia que estaba enfermo.

Con frecuencia cogia un botijo de barro que tenia á su lado y bebia agua en abundancia.

—Pero qué hace Rafaela que no viene?... volvió á esclamar con impaciencia. Es preciso no permitirle que se aleje de los alrededores de la casa; bastante escarmiento tenemos con una; es preciso evitar que nos suceda otra desgracia.

Estas palabras animaron á la tia María. Su mismo marido iniciaba la cuestion.

—Tienes razon, Andrés, se apresuró á replicar la anciana; desgracia horrible para nosotros, y mas todavía para nuestra infeliz Rosa, que ha pasado y está pasando en el mundo toda clase de amarguras.

La tia María se detuvo temblando, creyendo que sus audaces palabras harian estallar la cólera del tío Andrés.

Pero se engañó. Léjos de incomodarse, el guarda se incorporó á medias en la cama y fijó sus ardientes miradas en la ciega, que seguia inmóvil, con sus manos cruzadas y murmurando con balbuciente voz una plegaria.

—Quién te ha dicho á tí que Rosa vive?... la preguntó despues de una pausa.

—Yo no lo recuerdo; pero así lo tengo entendido: co-

noces tú su triste historia?... exclamó la ciega animada por aquella inesperada benevolencia de su marido.

—Sé que la recogió una partida de latro-facciosos la noche en que yo no quise recibirla en casa; estaba moribunda y la salvaron la vida...

La voz del tío Andrés se debilitaba por grados, y ante aquel recuerdo fatal que debía hacerle mucho daño, se detuvo, dejó caer la cabeza sobre la almohada y se cubrió el rostro con las manos.

Aquel hombre duro y enérgico lloraba.

Las lágrimas caían por entre sus dedos y como si hubiera temido que la ciega le viese llorar las enjugaba apresuradamente.

Pero esta emoción y este llanto no se escapó al finísimo oído de la tía María.

—Tiene remordimientos!... exclamó en su interior. Ah! la conciencia!... la conciencia!... no hay mejor juez que la conciencia.

Y luego exclamó en voz alta.

—De manera que los bandidos, los asesinos, los hombres endurecidos en el crimen tuvieron mas piedad que tú y la salvaron!... y qué hicieron con ella?...

Dos veces tuvo la tía María que repetir esta pregunta:

—Se la llevaron con ellos, la hicieron su capitana, contestó al fin con voz trémula el aragonés.

—Ah! la infeliz no tenía familia, ni amparo, y se refugió en el crimen!... exclamó la anciana. Andrés!... Andrés!... te compadezco!...

La tía María tendió los brazos hácia su marido, y éste por la primera vez desde aquella noche fatal la estrechó

contra su seno, no pudo resistir su profunda emocion, y los dos prorumpieron en amarguísimos sollozos.

—Perdida!... perdida!... convertida por mi dureza en ladrona, en asesina, en una mujer criminal, pagando despues sus delitos en un presidio, y quién sabe si morirá en un cadalso!... y todo por mi causa!... ¡Dios mio!... qué desgraciado soy!...

Todas estas palabras con acento entrecortado y dolorido se escapaban de los labios del tio Andrés.

—Nunca es tarde para el bien!... le dijo la tia María sentándose en la tarima y echándole los brazos al cuello. Tú eres bueno; pero esa dureza de carácter te ha perdido.

—Dios ha castigado mi falta bien cruelmente, querida mia; pero tú tambien sufres, y sin embargo no eres culpable!... lo soy solamente yo, murmuró con voz ronca el guarda.

—Pero estás arrepentido y perdonas á tu hija, no es verdad que la perdonas?... Habla, dí, no la guardas ningun rencor?... quisieras verla?... contéstame por Dios, Andrés de mi alma!...

—Sí, sí, la perdono; pero es necesario que ella me perdone á mí: yo voy á morirme, conozco que mi fin se acerca y deseo verla... lo deseo...

Un grito de júbilo se escapó del pecho de la noble anciana.

—Bendito seas, Dios mio!.. exclamó cayendo de rodillas y elevando las manos al cielo.

Luego volviendo á abrazar á su marido, que de tigre que era se habia convertido en manso cordero, le dijo:

—Es preciso que mañana mismo venga un sacerdote y

te confieses, y le manifiestes tus remordimientos y tus deseos, y él hará venir á Rosa ; quieres que le llame?

—Sí, sí, llámale ; tú eres una santa y tú quitarás este horrible peso de mi alma, dijo el tío Andrés cayendo sobre la almohada, sin fuerzas ya para continuar aquella penosa conferencia.

CAPITULO CXV.

Rafaela.

Cuando aun la tia María estaba dando gracias á Dios por la inmensa dicha que la proporcionaba, se presentó Anselmo en la puerta de la cocina, seguido de Rafaela que hizo entrar en el aprisco unas cuantas cabras que conducia y fué despues á sentarse tristemente con la cabeza baja en un rincon del hogar.

Anselmo les dirigia miradas de cólera que la pobre niña no veia porque estaba en la actitud de un reo ante su juez.

Rafaela, eres tú, hija mia?... como has tardado tanto?... preguntó la ciega al oir ruido de personas que entraban; y siento otros pasos, quién te acompaña?...

—Soy yo, madre mia; contestó Anselmo acercándose hácia la tarima donde descansaba el tio Andrés.

Rafaela no contestó permaneciéndo inmóvil, con los ojos bajos y llenos de lágrimas.

—Cómo está padre?... dijo Anselmo; parece que le veo muy abatido.

—Mucho peor; Anselmo; ahora mismo me ha manifestado sus deseos de confesarse y es preciso que esta noche avises al Señor Cura de Moralejo, para que haga el favor de venir mañana.

—Esas son medidas extremas, madre, y yo no creo tan urgente el caso.

—El lo quiere, y es preciso dejarle que tranquilice su conciencia, quizás eso lo ponga mejor; replicó con viva insistencia la tía María.

—Padre, oye V. lo que dice madre?... exclamó Anselmo acercándose al anciano y tomando una de sus manos que colgaban fuera de la cama.

—Sí, hijo mio, obedécela y mándame pronto un sacerdote que los consuelos espirituales serán para mí un gran beneficio; al menos si no puedo aliviar los males del cuerpo aliviaremos los del alma.

—Pero se siente V. peor que estos días atrás?...

—Mis fuerzas decaen por momentos, y este abatimiento me aniquila.

—Entonces llamaré también á un médico?...

—Y con qué le pagaríamos?... somos muy pobres Anselmo; y quizá mañana no tendremos ni un mísero pedazo de pan. Yo no puedo cumplir con mi obligación que requiere en el monte una vigilancia continua de día y de noche, y tengo entendido que los amos van á relevarme.

El tío Andrés al decir esto exhaló un profundo suspiro y se calló como fatigado ya y falto de aliento.

Anselmo insistió en llevar un médico; pero no obtuvo ninguna contestacion.

—Manda pronto al Señor Cura, hijo mio, que á veces son los mejores médicos; añadió la ciega.

Anselmo conoció que era inútil insistir y se calló despues de ofrecer á su madre que cumpliria aquella misma noche su encargo.

Despues de unos instantes de silencio, dijo la tia María.

—Pero dónde está Rafaela?... qué hace que no la oigo, ni dice una palabra?...

—Ahí la tiene V. sentada en un rincon con la cabeza baja y suspirando.

—Pues qué la pasa?... ven aquí, hija mia.

Rafaela se levantó y fué á sentarse á los piés de su abuela en un taburete pequeño.

Las temblorosas manos de la anciana recorrieron la hermosa cabeza de la niña, y fueron á deslizarse por el rostro empapándose en lágrimas.

—Tú lloras?... qué te ha pasado?...

Rafaela escondió el rostro en el seno de la anciana y prorrumpió en sollozos.

—No tiene mas contestacion que lágrimas y suspiros?... exclamó el padre con voz ronca; vamos habla y dí á la abuela que te he traído casi á la arrastra desde la cruz del olivar, donde estaba muy entretenida pelando la pava con un señorito.

—Es cierto eso Rafaela?... no sabes que las mujeres de tu clase no deben gastar conversacion con personas que no les corresponden?...

—Y si me hablan no he de contestar?... dijo al fin la niña enjugándose las lágrimas y levantando la cabeza un poco mas animada.

—Si te dan las buenas tardes se contesta y se sigue su camino; no necesitas otra clase de conversacion, con esa gente que desprecia á los pobres y luego á escondidas seduce y pierde á nuestras hijas; tenemos en casa bastante escarmiento con una, y te aseguro Rafaela, que si otra vez te veo hablar con él, mira ves este garrote?... le hago cinco en tus espaldas.

Y Anselmo con los labios temblorosos por la ira y los ojos chispeantes blandia un enorme garrote entre sus nervudos brazos.

Rafaela tembló de piés á cabeza y no dijo una palabra; pero en su interior se sublevó contra aquella inaudita tiranía prometiéndose volver á la cruz del olivar á buscar al jóven caballero aunque le costase la vida.

Hay remedios que producen á veces el efecto contrario del que se desea y este era uno de ellos.

Rafaela apesar de ser una niña que apenas tenia quince años, poseia un carácter resuelto y una alma vigorosa.

Conocia perfectamente la historia de su tia, aun cuando jamás en casa de su abuelo ni en la suya oyó pronunciar una palabra referente á ella; pero estas cosas que no se ocultan en las pequeñas localidades corrian de boca en boca y llegaron á sus oidos.

Lamentó la debilidad de su tia y dijo mil veces á sus amigos que á ella no le hubiera sucedido lo mismo, por que si tan enamorado estaba el marqués, le hubiera obli-

gado á casarse con ella. ¡Ojalá se enamore de mí otro marqués! habia dicho mil veces.

Sus amigas se reian, asegurándola que la sucederia lo propio; enamorose á su vez y fué víctima infeliz de sus caprichos.

Rafaela se callaba á estas objeciones pidiendo á Dios que la presentara un caso igual, lo que no era difícil por que al monte donde su abuelo estaba de guarda iban muchos caballeros de la ciudad, y éstos gustan mucho de las aldeanas tan bellas como Rafaela.

Por el descubrimiento de Anselmo hemos visto que sus deseos se habian cumplido; pero la resuelta niña que era muy ambiciosa y queria á todo trance conquistarse una alta posicion, iba á tener en su padre un terrible enemigo.

No le arredró sin embargo por que llevaba su conquista muy adelantada y tenia fundadísimas esperanzas de ganar la apuesta que tenia pendiente con sus amigas.

Anselmo encareció á su abuela la necesidad de que Rafaela no se apartase de los alrededores de la casa, diciendo que en caso contrario se veria obligado á llevársela á Moralejo.

—Y qué seria de nosotros ¡pobres viejos!... uno enfermo y otro ciego?... exclamó aterrada ante esta amenaza la tia María.

—Yo no lo sé madre; pero no puedo consentir en que tengamos otra desgracia; ya ve.V. tras aquella ¡cuántas han llovido sobre nosotros!... y de todo tiene la culpa la infame Rosa, por ella nos vemos en la miseria!... oh! la ira que tengo, léjos de aplacarse crece con los años, de-

cia Anselmo mordiéndose los puños de la chaqueta lleno de rabia.

—Aun la ódias?... qué rencores tan largos, hijo mio; exclamó la anciana con voz solemne; ¡quiera Dios, que no encuentres el castigo!...

—Castigo!... y por qué?... Acaso debo amar á una mujer que nos ha sumido en la desgracia?...

—Quién sabe si tu injusto proceder la habrá sumido á ella; Dios perdona á sus verdugos y tú impío y cruel no quisiste perdonar á la infeliz que solo te pedia un refugio para no morir de frio. Nuestras desgracias están justificadas, las has merecido Anselmo, son un castigo de Dios, y ojalá, no sufras otro.

La voz de la tia María era imponente, profética; Anselmo se levantó iracundo, no quiso oír mas y empuñando su garrote dió las buenas noches y se marchó cerrando la puerta con estrépito.

CAPITULO CXVI.

Amor de Octavio.

—Hija mia, es cierto lo que dice tu padre?... preguntó la anciana á Rafaela; va furioso como un basilisco y ya conoces su carácter duro y tenaz; ten cuidado, por Dios, y no nos busques una nueva desgracia.

—Pero, abuelita, acaso yo no puedo hablar con las personas que se me dirigen ó me piden un pequeño favor que no debe negar ninguna persona caritativa?... dijo Rafaela, levantándose y llevando á su abuela á un extremo de la cocina, tanto porque el tio Andrés no oyera la conversacion, como para respetar el tranquilo sueño en que al parecer habia quedado sumido.

—Cierto; hay ocasiones en que no podemos negarnos á cambiar nuestras palabras con las personas de alta clase; pero generalmente esos señores que buscan en el campo á las niñas inocentes como tú, solo quieren seducirlas; y como un capricho pasajero las dejan despues deshonoradas y perdidas.

—Será porque ellas no tengan voluntad bastante para defenderse; exclamó Rafaela.

—Hay naturalezas débiles que no han nacido para la prueba y sucumben; eso le sucedió á la pobre Rosa; ¡hija de mi alma!... y qué desgraciada ha sido!...

—Pero á mí no me sucederá; yo estoy en guardia, tengo ese escarmiento y tengo además la firmeza de mi voluntad que no se doblé por nada.

—Tú no conoces las pasiones y á dónde conducen.

—Mi tia fué tan tonta que se enamoró perdidamente y fué víctima; pero yo prometo no enamorarme, querida abuela, y ardo en deseos de vengar á mi tia escarmentando á uno de esos señorones y haciéndole ver que no todas las aldeanas nos rendimos á su capricho.

—Pero quién te ha enseñado todas esas cosas?... tú conoces la historia de Rosa?... dijo la anciana aterrada al escuchar el lenguaje de la jóven, que significaba no un simple deseo, sino una intriga ya bien meditada y puesta en planta.

—Ya lo creo, aun que Vds. no me han hablado nunca de ella, todo el mundo la sabe en estos alrededores y por consecuencia no habia yo de ignorarla.

—Y quién es ese caballero con quien te ha sorprendido tu padre?... Has hablado muchas veces con él?

—Hará cosa de un mes que le conozco.

—Séme franca; no me ocultes nada, hija mia, ojalá Rosa no hubiera sido conmigo tan reservada; exclamó la anciana atrayendo hácia su pecho la rizada cabeza de la preciosa Rafaela que con la coquetería de un niño se apoyó en su seno y la dijo con mimoso acento.

—Querida abuelita; voy á abrir á V. mi corazón, lo que no haria con mi padre por todo lo del mundo. Esa forma tan tosca en que se envuelve me irrita, no puedo soportar sus arrebatos y la dulzura de V. me seduce y me encanta.

—Es lo mismo que su padre; la dureza de los dos perdió á mi pobre hija; pero vamos, cuéntame todos tus secretos que estoy impaciente por saberlos.

—Sabe V. que con los ardores del verano, las pobres cabras no tienen nada que comer en estos alrededores y desde el mes de julio empecé á llevarlas al valle, junto á la cruz del olivar donde hay un riachuelo y tienen pasto fresco y abundante.

Una tarde estaba yo lavando unos paños, mientras las cabras pacian, cuando veo de repente un caballo desbocado, que corria sin freno á través del olivar, llevando encima un jóven caballero muy pálido que agarraba tenazmente á las crines, porque las bridas se habian roto.

El caballo completamente ciego se precipitó en el rio muy próximo al sitio en que yo estaba; el jóven me miró con angustia y yo le grité que se dejase caer al agua donde no habia peligro de hacerse daño ni de ahogarse, porque es un riachuelo sin profundidad ninguna en este tiempo.

Me comprendió y lo hizo así, soltando al caballo que fué á salir á la orilla opuesta continuando su desesperada carrera como si estuviera loco.

Pero el jóven no sabia nadar y estaba casi aturdido por la impetuosidad de la carrera que acababa de dar y se hubiera ahogado indudablemente sin mi auxilio.

Me descalcé y alzándome un poco el zagalejo entré den-

tro del agua costándome muy poco trabajo sacar al caballero que se me quedó desfallecido en los brazos.

Le coloqué en la yerba, esperando á que volviera en sí, lo que no tardó mucho.

Abrió los ojos, me dió gracias con vivísimo reconocimiento y me pidió un poco de leche de las cabras. Inmediatamente ordeñé á la corza y le presenté un buen vaso con lo que consiguió reanimarse.

Entonces se levantó y estrechándome afectuosamente la mano me ofreció volver á verme y á demostrarme su reconocimiento por el inmenso favor que acababa de hacerle.

A poco aparecieron varios criados que llevaban un coche, montó y desapareció á lo largo del camino, saludándome sin embargo desde léjos con las mas espresivas muestras de gratitud.

Pasaron seis dias y el caballero no volvió por el valle, con gran extrañeza mia porque me lo habia ofrecido espontáneamente.

Ya iba olvidándome de él, cuando de repente me le veo aparecer detrás de un risco; iba á pié, y así que me vió corrió hácia mí con la mas viva alegría.

—Ah! yo creia que me habia V. olvidado, señor, le dije sencillamente.

—Olvidar á V....! exclamó con un acento que no habia resonado jamás en mis oidos. ¿Es posible que haya V. podido pensarlo?... ¡Olvidar á la que me salvó la vida!... Eso nunca; hubiera sido una felonía indigna de un caballero.

El jóven me dijo que habia estado enfermo, luego se sentó á mi lado y empezó á proponerme los mil medios que

tenia para recompensar el gran favor que le habia hecho. Me dijo que era rico y me ofreció riquezas que yo rechacé. Me preguntó luego por mi familia enterándose de la situacion de todos Vds. de la que yo le hablé muy ligeramente, y por último viendo que no acepté ninguna de sus proposiciones, sacó un medallon con su retrato y me lo entregó como un pequeño recuerdo.

Vea V., exclamó Rafaela; en el pecho le llevo, está rodeado de piedras que deben ser de un gran valor: pero yo le guardo porque está su imájen.

La tia María lo examinó al tacto y dijo:

—Debe ser una joya de mucho mérito, porque algunas de las piedras son muy grandes; pero continúa.

—Desde aquella tarde ha vuelto casi todas á verme; pasamos una hora junto al riachuelo, se muestra muy enamorado de mí, y ya esta tarde llorando como un niño me pedia por Dios que le correspondiera.

—Y tú le amas, hija mia?...

—Si consigo obligarle á que sea mi marido le amaré, porque es guapo y simpático, aun que tiene un defecto de configuracion, es algo contrahecho; pero esto no me importa.

—Ay! hija mia, como tiemblo por tí, y cómo se llama?

—Octavio; no me ha dicho mas; ignoro su apellido; pero debe ser muy rico; contestó Rafaela quedándose muy pensativa.

CAPITULO CXVII.

Ataque inútil.

Por el relato de Rafaela á su abuela habrán conocido nuestros lectores que Octavio el hijo de Rosa era el misterioso caballero que hacia el amor á la jóven y astuta aldeana.

Seguia el mismo camino que su padre; pero no tuvo la fortuna de encontrar una inocente niña que se apasionara locamente de él, impresionada su imaginacion por la lectura de novelas peligrosas que la exaltaran hasta lo infinito, convirtiéndola en la esclava rendida de su amante.

Rafaela no se parecia á su tia, y además tenia la costosa experiencia de su desgracia.

Sin embargo, á pesar de su firmeza estaba muy en peligro, porque Octavio era hombre de pasiones impetuosas, muy audaz y acostumbrado de toda su vida á no tener mas ley que su capricho. Iban, pues, á emprender una lucha muy porfiada y muy tenaz. Ella defendiendo su virtud, y él atacándola por todos los medios imaginables.

Empero habia en esto un gran mal para Octavio : que estaba verdaderamente enamorado de Rafaela ; la amaba como un loco, mientras la jóven le correspondía tibiamente y todo su anhelo era conquistarle para marido.

Idea que hubiera matado el amor en el pecho del jorobado, si Rafaela hubiera osado declararla en los primeros dias, porque tenia el orgullo aristocrático de raza, y el orgullo es como las fortalezas antiguas, que solo se rinden á fuerza de golpes.

Pero Rafaela, aunque ruda campesina que no sabia ni siquiera leer, tenia una gran sagacidad y su buen sentido la guiaba indicándola que no debia ni dejar por un momento que Octavio adivinase su pensamiento.

Era el medio mas seguro de triunfar.

El jóven marquesito, desde que se trasladó á Huesca por consecuencia de la prision de su padre y obediendo las órdenes de éste, hacia una vida puramente de campo.

Empezó por recorrer todas sus posesiones, huyendo de las gentes de la ciudad, que comentaban de mil maneras su desgracia y ninguna favorable, tocándole representar en aquella sociedad un papel muy desairado.

Por otra parte la sociedad de una capital de provincia de tercer orden no le era grata, en primer lugar por sus circunstancias especiales y en segundo porque acostumbrado al trato distinguidísimo de la aristocracia madrileña, y al de las diferentes córtes extranjeras que habia recorrido, no podia encontrar encantos en las sencillas costumbres de una capital de provincia.

Se encerró por lo tanto en sus posesiones y muy particularmente en una que lindaba con el monte donde estaba

de guarda el abuelo de Rafaela y que tenia por límite el riachuelo de que ha hecho mencion la jóven.

Los dueños de una y otra posesion estaban en muy buena armonía, y como vecinos, lo mismo cazaban en el monte que en los sotos y valles, propiedad del marquesado de Nieblas.

Debido á esta circunstancia Octavio conoció á Refaela de la manera novelesca que ella misma nos ha referido.

La fatiga de aquel dia, el susto, el baño improvisado y la agitacion consiguiente á todo esto unido á su delicada salud, le retuvieron unos cuantos dias en cama sin poder concurrir al valle donde le habia salvado la vida su gentil pastora.

Esto le desesperaba grandemente, porque preocupada su imaginacion con aquel acontecimiento nuevo en su vida, soñaba con ella revistiéndola de mil formas maravillosas, y entregándose á las dulces ilusiones de un episodio bellísimo en su vida monótona y lánguida que le distraeria seguramente, haciéndole feliz siquiera un par de meses.

Sus pensamientos cambiaron de rumbo; ya no se acordaba de su situacion amarga, de su destierro en aquellos campos, de la prision de su padre, ni del inmenso dolor que le habia causado el descubrimiento de su madre.

Sus ideas, sus recuerdos estaban fijos en aquella hermosa pastora, de ojos árabes y lánguidos, en aquel talle esbelto y airoso que ceñia con gracia el justillo de pana, en aquel pié breve de nevada blancura que sin miedo á las guijas del rio se entró en las aguas, levantando con airoso ademan el lindo zagalejo azul, para sacarle de entre las

ondas y dejando descubierta una pierna alabastrina, torneada y perfecta.

Estas eran para el aristócrata acostumbrado á la refinada cultura de las ciudades populosas maravillas desconocidas.

Nunca habia visto una niña tan hermosa, tan gentil, con su airoso traje aragonés, ni que con mas gracia le tendiese los brazos para sacarle del rio, diciéndole para animarle con risueño semblante y chancero acento:

—No tenga V. miedo, señorito! este rio es muy manso, y nadie se ahoga en sus aguas; algo mas manso que su brioso caballo!... ¡Canario!... y qué paso lleva el tordillo, parece una nube de verano; ya no se le vé; ha dado la vuelta al olivar!...

Y en efecto, el caballo desbocado fué á pararse en la cuadra, donde los criados, adivinando que habria arrojado á su amo, salieron á buscarle en un coche.

Octavio recordaba con delicia todas las palabras, todas las acciones, todos los movimientos de Rafaela en aquella tarde memorable y deploraba con toda su alma que la fiebre le retuviera en el lecho, impidiéndole volar al valle de su pastora para mostrarla su reconocimiento por haberle salvado la vida.

Llegó por fin el suspirado instante y el impetuoso joven, sin que le detuvieran las indicaciones del médico, que se oponía á su salida; tomó un caballo mas dócil que el TORDILLO, como le habia bautizado Rafaela con donosura sin igual, con cuyo nombre le dejó Octavio, y se dirigió al valle atravesando el olivar y un puentecillo de piedra que habia á poca distancia para cruzar el riachuelo que servia de límite á las dos posesiones.

La quinta que habitaba Octavio estaba muy cerca del sitio donde Rafaela tenia costumbre de llevar á pastar sus cabras. De manera que antes de media hora Octavio distinguió á la jóven.

Echó pié á tierra, ató el caballo á un árbol y se dirigió á pié hácia la hermosa niña que sin la menor estrañeza y como á un antiguo amigo le recibió sonriendo.

Octavio tenia muy mala idea formada de las mujeres; desde luego no creia en la virtud de ninguna, creyendo que era muy fácil su conquista, porque todas se rendian, si no al amor al oro, y esto lo pensaba de la clase elevada: con mas motivo se lo imaginó de las pobres aldeanas.

En este concepto ya soñaba con la posesion de aquella hermosa niña, destinada de antemano por él para distraer su aburrimiento, para hacerle olvidar siquiera un par de meses la monotonía de su vida y los crueles pesares que le torturaban.

La gratitud fué un pretesto para empezar sus ataques á la virtud de Rafaela.

Pero Rafaela era una virtud selvática.

Era una fortaleza inespugnable.

Octavio gastó inútilmente sus armas y solo consiguió enamorarse con locura.

CAPITULO CXVIII.

Coquetería campesina.

Habia transcurrido un mes, durante el cual las entrevistas de los dos jóvenes fueron muy frecuentes, habiendo empleado Octavio todos los medios de seducción que le sugeria su habilidad en la galantería cortesana, sin obtener otra respuesta que las sonrisas burlonas de Rafaela que le decia con mucha gracia:

—Vamos, señorito, usted se ha propuesto burlarse de mí!... que me ama!... que me adora!... esto me hace reir y no me convence, porque nosotras las pobres campesinas no entendemos ese lenguaje.

Esta fingida sencillez desesperaba á Octavio. Siempre la misma barrera insuperable.

Si queria llevar sus teorías á la práctica y pretendia coger una mano de la jóven, ésta le rechazaba bruscamente y con la mayor severidad le decia:

—Si intenta usted otra vez semejante cosa, no vuelvo mas por este valle.

El tono en que estaba hecha la amenaza no admitía réplica, y temiendo que la llevase á cabo, permanecía inmóvil á su lado, tendido en la yerba, con los ojos siempre fijos en la hermosa niña, llenos de espresion y de melancolía.

Siempre se retiraban cuando el sol lanzaba sus últimos rayos que se reflejaban en el cristalino arroyuelo.

El apoyado en el tronco de un árbol la miraba tristemente hasta que desaparecia tras de la última rama del bosque, ella volvía la cabeza de vez en cuando enviándole miradas provocativas y dulces sonrisas.

Una cortesana no se hubiera conducido con mas coquetería. Le rechazaba con la palabra y con la accion y le atraía con la mirada y la sonrisa.

Cuando la perdía de vista montaba Octavio en su caballo y desesperado, medio loco, se marchaba á su casa, encerrándose en su cuarto sin querer ver ni oír á nadie.

Solo con sus recuerdos y con su amor entablaba una reñida lucha entre sus afecciones nuevas y sus preocupaciones antiguas. Si la idea de hacer su esposa á la aldeana se dejaba resbalar por su enardecida mente, la rechazaba indignado su altanero orgullo, orgullo de raza que no estaba todavia bastante castigado con su nacimiento ilegítimo y con la prision de su padre.

Su estado era verdaderamente insoportable.

Durante la noche hacia propósito firme de no volver al valle, pero soñaba con Rafaela, y se despertaba mas enamorado que nunca recordando sus gracias, su donosura, su risueño semblante, y aquel inmenso atractivo que le dominaba por completo.

Entonces maldecía la lentitud del tiempo que corría tan despacio, y esperaba con impaciencia la hora señalada para trasladarse al apacible valle donde solo con mirar á la hermosa pastora disfrutaba un encanto indecible y una felicidad sin límites.

La tarde que los sorprendió Anselmo había ido mas pronto que de costumbre y llegó antes que Rafaela.

Cuando ésta se presentó con sus cabras en lo alto del ribazo corrió hácia ella exclamando:

—Ah! ya creía no tener hoy la dicha de verla.

—Es que los escesivos calores de estos días me impiden venir mas temprano, y ademas tengo á mi abuelito enfermo y á mi abuelita ciega, y no puedo dejarlos tanto tiempo; contestó Rafaela, yendo á sentarse en una piedra desde donde dominaba todo el valle y la campiña.

Octavio se sentó á sus piés sobre la yerba, y mientras con un ligero latiguillo sacudía el polvo de sus botas, la miraba embelesado diciéndola con dulce acento.

—Si usted quisiera admitir mi cariño, podría asegurar el porvenir y hacer la felicidad de su familia y la suya propia.

—Y cómo se haría eso?... preguntó la jóven abriendo sus grandes ojos y fijándolos con asombro en Octavio que no dejaba de mirarla.

—Muy sencillamente. ¿No son ustedes pobres?

—Mucho, mi abuelo es guarda de este monte; pero está enfermo, no puede vigilar como es su obligacion y estamos esperando que de un momento á otro le destituyan. Entonces no nos quedará ni un pedazo de pan con que alimentarnos, pues, mi padre con su escaso jornal apenas tiene para sostener á mi madre y mis hermanos.

—Y bien, yo daría á ustedes una pension que bastase para vivir sus padres y sus abuelos con entera felicidad, y aun les daría fincas numerosas para labrarlas sin estipendio alguno.

—Y en cambio de eso que exigiria usted de mí?... preguntó sonriendo la jóven.

—Su cariño, nada mas que su cariño; exclamó Octavio lleno de gozo, creyendo convencida á Rafaela y pretendiendo apoderarse de una de sus manos.

—Atrás, exclamó la jóven rechazándole; pero sin abandonar su hechicera sonrisa, su provocativa mirada y su admirable aire de candidez.

—Me rechaza usted todavía?... ¡cuándo la adoro!...

—Y le rechazaré siempre. ¡Adorarme!... á qué llama usted adoracion?... á qué llama usted cariño?... Pues qué aunque rústica pastora no comprendo lo que vale el cariño de ustedes los señoritos del dia?... Quiere usted que cambie mi honra inmaculada por un pedazo de pan?... Muchas gracias, señor; guárdese usted su cariño que yo no le necesito, ni necesito su dinero ni sus haciendas.

—Pero no tendrán ustedes recursos y yo solo deseo su felicidad y la de su familia, balbuceó Octavio.

—Mi familia, aunque pobre, es demasiado altiva y no admitiria una felicidad comprada con mi honra. Ah! guárdese usted de que mi padre ó mi abuelo le oigan, porque le harian trizas.

Se conoce, señor, que usted es nuevo en esta tierra y no conoce á los aragoneses; si los conociera no se hubiera atrevido á lanzar semejante proposicion. Nosotros preferimos la muerte á la deshonra.

Los colores de la indignacion que subian al rostro de la jóven la hermoseaban de tal manera que Octavio contemplándola con admiracion tendió hácia ella sus manos exclamando:

—Perdone usted si la he ofendido; pero la pasion me estravía.

—La pasion!.. que irrisorio juego de palabras; exclamó Rafaela con irónica sonrisa. Mire usted, tengo yo veinticinco apasionados que aman mas que usted. Si á mi abuelito le quitan el destino, el domingo elijo entre ellos mi novio y me caso.

—De veras?... lo hará usted?...

—Sí, señor; vaya usted ese dia por la tarde á Moralejo, y dirijase al baile en la alameda; allí estaré yo, querida y respetada de todos que me rinden sus homenajes y á porfía se disputan mis sonrisas y mis palabras. Todos los domingos tengo tres ó cuátro declaraciones; pero todavía no he correspondido á ninguno. Sin embargo, uno de los novios, Anton, me gusta mucho; ¡si viera usted que guapo es! mas gallardo!... mas arrogante!... y está loco por mí: el último domingo me dijo: «Rafaela, tengo una buena yunta, y tierras para ella, y una hermosa torre en el campo de la Barona, si quisieras casarte conmigo, seria el mas feliz de los hombres y tus abuelos vivirian con nosotros.»

—Y usted que contestó?... preguntó Octavio con profunda ansiedad.

—Aplacé mi respuesta para el próximo domingo en el baile de la alameda, repuso la jóven con la mas refinada coquetería.

Octavio bajó la cabeza como herido por un rayo.

CAPITULO CXIX.

Severidad paternal.

Un profundo silencio sucedió á la sencilla respuesta de la jóven, que hizo en Octavio un efecto mágico.

De pronto Rafaela volvió la cabeza y dando un ligero grito exclamó toda trémula:

—Mi padre!...

Se levantaron los dos jóvenes como movidos por un resorte á la vista de Anselmo, que se presentó con ceñudo semblante, muy cerca de ellos delante de un árbol corpulento, el que les impidió distinguirle antes, y tras del cual estuvo sin duda escondido observándolos largo rato.

Anselmo avanzó unos cuantos pasos, y colocándose al lado de Rafaela, la volvió bruscamente hácia él mirándola de hito en hito.

La jóven, toda temblorosa, bajó la cabeza enteramente confundida como si hubiera sido culpable. Tenia un miedo terrible al carácter rudo y semi-salvaje de su padre.

Octavio la miró con profunda lástima y se acercó á ella como queriendo defenderla con su endeble cuerpo del peligro que la amenazaba, porque Anselmo llevaba en la mano un grueso garrote, que hacia girar con manifiesta cólera en torno suyo.

Al ver este movimiento, el brusco aragonés separó los ojos de su hija, y fijándolos en Octavio con desdeñosa arrogancia, le dijo:

—¿Qué asuntos tenia V. que tratar con esta niña para estar mano á mano con ella muy sentadito á sus piés?

—Nada de particular; hablábamos de cosas indiferentes, balbuocéó Octavio.

—¡Indiferentes, eh!... pues la actitud de Vdes. dos; su confusion y su temblor me indica que estoy viendo á dos personas culpables de algun delito.

—Delito no, padre mio!... exclamó la jóven vivamente reanimándose un poco.

—Silencio!... no hablo contigo, dijo con severidad Anselmo; echa á andar con las cabras y espérame en lo alto del encinar, que ya te ajustaré yo una buena cuenta,

Rafaela obedeció en silencio, y dirigiendo á hurtadillas de su padre una espresiva mirada á Octavio, se encaminó con sus cabras por la vereda adelante.

Cuando hubo desaparecido la jóven, se encaró Anselmo con Octavio, y apoyando las manos en el nudoso garrote, exclamó de una manera brusca y severa.

—Es preciso, caballero, que me diga V. ahora mismo de qué asuntos hablaba con mi hija, y cuidado con mentir, porque despues he de interrogar á ella, y si hay contradiccion en sus declaraciones, yo les haré saber á los de lo qué

es capaz Anselmo el *Forzulo*, como me llaman en mi pueblo.

Al decir estas palabras, y como en son de amenaza, apartó las manos del garrote y le agitó con la derecha de una manera que dejaba adivinar sus intenciones.

—Este hombre es un animal, pensó Octavio, y no hay mejor cosa que decirle la verdad.

Luego alzando la voz y recobrando por completo su dignidad, contestó con firmeza:

—No tengo inconveniente en satisfacer los deseos de usted, y voy á hacerlo, mas por Rafaela que por mí, pues no me intimidan de modo alguno ni sus amenazas, ni su cólera.

—Al grano y menos fanfarria, que todavía está V. temblando, señorito, dijo Anselmo.

—Por ella; veo que es V. un hombre colérico y sentiré que la ofenda por mi causa, cuando es una criatura honrada y buena como hay pocas; por lo menos yo no he conocido ninguna que se le parezca.

—No me hace falta oír sus alabanzas; sé lo que es mi hija; pere tiene quince años, y no puede menos de ser débil todavía, de lo que Vdes. los señoritos del día se aprovechan para seducir á las pobres niñas que tienen la debilidad de escucharlos.

—No tema V. eso de su hija, que tiene una virtud á toda prueba y no se doblega á nada.

—De manera que ya ha hecho V. sus tentativas para combatirla?

—Debo ser franco con V.: Rafaela tuvo ocasion de salvarme la vida no hace muchos dias aquí en este mismo

arroyo, donde me arrojó mi caballo que venia desbocado; desde entonces me ha interesado vivamente, y la he visto varios dias, ofreciéndola mi cariño, que ha rechazado constantemente.

—Eso habrá sido sin duda por gratitud? dijo Anselmo con un acento lleno de ironía.

—Por gratitud primero, por admiracion despues, hoy por afecto verdadero. He querido hacerla feliz y me enteraba de la situacion de su familia para labrar si me era posible la dicha de V.; pero ha rechazado todas mis ofertas, y se ha negado á recibir la recompensa que merecia por su accion de arrojarse á las aguas á salvar mi vida, lo que no olvidaré nunca.

Esta es la verdad, no hay complicidad ninguna entre nosotros; no hay nada que pueda ofender á V. ni á ella: únicamente un vivo deseo por mi parte de ser útil á Vdes. de favorecerlos en cuanto me sea posible, para lo cual pueden disponer con entera confianza de mi persona y de mis bienes.

—Muchas gracias; nosotros somos pobres; pero honrados: no queremos la riqueza sin el honor, y mi hija ha hecho muy bien en rechazar sus ofrecimientos, que aunque dictados al parecer por gratitud, llevaban la doble mira de obtener su cariño. Nuestras clases son diferentes y entre nosotros no pueden existir semejantes alianzas. Así, pues, le prohibo que vuelva á verla, ni hablarla.

Las palabras de Anselmo tenian tal acerto de firmeza, que no admitian réplica.

Octavio se sintió vivamente contrariado y no supo qué contestar.

—Espero que ni V. ni ella me darán motivo en adelante para arrepentirme de haber dado crédito á sus palabras. Creo que he llegado á tiempo de evitar quizá una desgracia, y les aseguro que no me dormiré; observaré á mi hija y si desobedece mis órdenes, le aseguro que ha de tener memoria para toda su vida.

No seré yo quien la ocasione el menor disgusto, dijo Octavio, comprendiendo desde luego que el rudo aragonés era muy capaz de cumplir sus amenazas.

Se despidió cortesmente haciéndole mil protestas de sinceridad y de aprecio, ofreciéndole su casa y sin esperar mas, montó en su caballo y se dirigió hácia el puentecillo de piedra, muy contento de haber salido tan bien de la entrevista.

Anselmo se reunió con su hija, la interrogó y encontrándolos muy conformes en sus declaraciones, no dudó de que aquello era el principio de unos amores, que no habian ido mas adelante por la virtud de Rafaela; pero se propuso usar de toda la severidad de su carácter para combatirlos, evitándose la vergüenza de tener en su casa otra desgracia como la sucedida con su hermana Rosa.

—Si será castigo del cielo!... pensó muchas veces.

Y este incidente le obligó á recordar, sintiendo quizá por la primera vez de su vida, el haber sido tan inhumano con la pobre Rosa.

Cuando llegó por la noche á su casa enteró á su mujer de lo ocurrido, y la hizo trasladarse al monte al amanecer del siguiente dia, con el encargo especial de no perder de vista á Rafaela ni un solo momento.

CAPITULO CXX.

La confesion.

Nuestros lectores habrán comprendido que al presentarse en el monte el cura párroco de Moralejo, estaba ya prevenido por la mujer de Anselmo y por la tia Gervasia.

Esta buena mujer profesaba á Rosa un verdadero afecto siendo su mayor deseo el verla reconciliada con sus padres viviendo en completa tranquilidad, léjos de aquella orda agitada y aventurera que solo peligros y sinsabores la podia ofrecer.

Animada de tan noble intencion hizo mil esfuerzos para conseguirlo, alcanzando al fin en sus gestiones el éxito mas satisfactorio.

El buen cura, que no dejaba tambien de sentir por Rosa algun afecto, recibió con vivo placer el encargo de ir á confesar al tio Andrés, conociendo por esto que sus indicaciones fueron bien acogidas y mejor interpretadas por la pobre ciega que empleó toda su influencia y su amor de madre para convencer á su marido.

Enterado el sacerdote de que no era muy urgente aquella confesion, no fué hasta el siguiente dia por la tarde, encontrando á su llegada á toda la familia reunida en torno del enfermo, que si no estaba en peligro de muerte hacia parecerlo su estremada languidez y aquel completo anquilamiento de sus facultades fisicas, que no le dejaban ni fuerza siquiera para incorporarse en la cama.

La casa era muy pequeña, no tenia mas habitaciones que la cocina, donde estaba la puerta de entrada y un pequeño cuarto en el cual tenian dos camas que ocupaban generalmente la abuela y la nieta, acostándose el tio Andrés en una tarima de madera que habia junto al hogar.

La gravedad de las circunstancias y la próxima llegada del sacerdote, á quien esperaba con viva impaciencia, le hicieron aceptar por la primera vez despues de muchos años una de las camas, en el pequeño cuartito, que las dos Rafaelas hija y madre, adornaron con la mejor ropa que los pobres viejos habian podido salvar del naufragio de su fortuna.

Cuando llegó el señor cura todos se salieron del cuarto dejándole solo con el enfermo.

Anselmo desde el dia anterior que habia sorprendido á su hija con el señorito de la *Torre del Valle*, nombre con el cual era conocido Octavio entre la gente de las cercanías, estaba muy preocupado, y no dejaba de mirar á su hija, encontrándola mas pálida, mas delgada y con un aire enteramente distinto del que la habia siempre observado.

Como absorta en una idea, sorprendiola muchas veces con los ojos fijos en el suelo, causándole esto una viva inquietud porque recordaba las escenas que en su casa pro-

cedieron á la huida de Rosa con Jaime, y creia encontrar en la situacion de ambas un secreto parecido.

Sentado Anselmo en la tarima que acostumbraba á ocupar el tio Andrés, tenia enfrente á su madre y á su hija que tristes y cabizbajas esperando el resultado de la confesion no hablaban una palabra.

Rafaela madre se ocupaba en preparar algunos medicamentos para el enfermo.

Así pasaron cerca de dos horas que fueron de mortal angustia para la pobre familia.

Al cabo de este tiempo la puerta del cuarto se abrió y apareció el venerable sacerdote, al parecer muy conmovido, diciendo :

—El tio Andrés desea ver á su mujer y á sus hijos, pueden ustedes entrar.

Todos se precipitaron con ansiedad en el cuarto y rodearon la cama del enfermo.

La tia María con un instinto admirable, se dirigió á la cabecera y tomó entre las suyas una mano de su marido. Anselmo al otro lado recogió la otra que su padre le alargaba con viva emocion.

Las dos Rafaelas estaban á los piés de la cama y el sacerdote á cierta distancia los contemplaba á todos y dijo con voz solemne.

—Veo á todos ustedes conmovidos y tristes, como si considerasen á su padre en grave peligro, y no lo está ciertamente. Al par que sacerdote soy tambien médico, y he comprendido que los males mayores de este enfermo, radicaban en su alma, ó mejor dicho en su conciencia de cristiano y de hombre honrado, que se sentia profunda-

mente herida. He tenido la fortuna de poner el dedo en la llaga y preveo que la curacion va á ser muy rápida.

El sacerdote se detuvo como para tomar aliento; los ojos de todos estaban fijos en él, como esperando la esplicacion del enigma.

Hasta la pobre ciega guiada por la voz tenia fija su mirada sin luz en el espresivo y simpático rostro del cura.

Al cabo de algunos instantes prosiguió:

Para curar por completo á este enfermo, no hay mas que un remedio, único, poderoso, infalible, yo le voy á traer; pero necesito para ello vuestra aprobacion.

—Concedida!... concedida!... y nuestras vidas si son necesarias; exclamó vivamente Anselmo.

El párroco le miró fijamente; era el único individuo de la familia cuya oposicion temia.

—Ah! sí, sí; todo cuánto sea necesario; repitieron las mujeres.

—Pues bien; dijo el sacerdote sin separar la vista de Anselmo; aquí hace falta que una oveja perdida vuelva al redil de sus padres. La presencia de Rosa es necesaria.

—¡De Rosa!... padre mio? y usted lo desea?... exclamó Anselmo con la mayor sorpresa.

—Sí; yo lo deseo, murmuró con gravedad el anciano; quiero perdonar y que á la vez me perdone esa infeliz perdida por debilidad suya y por dureza nuestra.

La tia Maria anegada en llanto, cayó de rodillas y llevó á sus labios la temblorosa mano de su marido.

—Está bien; padre mio, que venga; los deseos de usted son sagrados para mí; dijo Anselmo no sin que una llamada de cólera y de vergüenza asomase á su rostro.

La jóven Rafaela habia caido tambien de rodillas, y ocultando el rostro entre la ropa de la cama lloraba amargamente.

Anselmo la miró y por una de esas reacciones súbitas toda su cólera desapareció reflejándose en su fisonomía tan dura de ordinario un sentimiento de conmiseracion.

—Pero usted quiere de buena voluntad, que se llame á Rosa?... le preguntó el sacerdote.

—Oh! sí, sí; que venga; quizá su ejemplo nos evite males mayores; fui con ella muy duro y anhelo que tambien me perdone; exclamó con impetuosidad sin dejar de mirar á Rafaela.

—Está bien; entonces, señores hasta mañana, voy ahora mismo á escribirla y no creo que dilate su viaje ni un momento. Espero que ustedes se trasladarán á Moralejo, pues así me lo ha ofrecido el enfermo, ¿no es verdad?...

—Oh! si señor; creo que tendré fuerzas para ir mañana á la iglesia á recibir la sagrada comunión; repuso el tio Andrés.

El sacerdote se marchó dejando á la familia entregada á las expansiones de afecto, naturales en semejante caso.

El tio Andrés y Anselmo se abrazaron y ambos llenaron de caricias á la pobre ciega que con sus besos apartó de la frente de su marido la terrible maldicion que le habia lanzado el dia funesto que arrojó de su casa á la pobre Rosa.

Desde aquel momento la paz y la armonía pareció renacer en la desventurada familia.

CAPITULO CXXI.

Delirios.

Muy preocupado y muy triste se marchó Octavio á su casa llevando la conviccion de que con el carácter rudo y semi-salvaje de Anselmo, y habiéndose ya enterado de los amores con su hija, le era imposible llevar adelante toda idea de seduccion.

Bajo la primera impresion, y ofendida su altivez por las amenazas bruscas y hasta groseras del campesino, se dijo así mismo:

—Bah! la olvidaré, ¿qué me importa á mí una aldeana? Nunca me hubiera casado con ella.

Con este pensamiento llegó á su casa, y se puso á la mesa que le tenian sus criados servida espléndidamente.

Apenas comió, porque de naturaleza delicada y escesivamente nervioso, no sentia el menor apetito cuando estaba sobreescitado por una impresion cualquiera.

Su solitaria vida le aburría; léjos de la sociedad y vi-

viendo en el campo, entregado siempre á sus lúgubres ideas, habia llegado á ser para él la cándida Rafaela, una necesidad imperiosa.

Durante un mes habia pensado constantemente en ella, adornándola su exaltada fantasía de todas las perfecciones que puede tener una mujer para labrar la dicha de un hombre.

Aguardando con impaciencia el momento de ir á verla junto al riachuelo, se distraía, y por la noche despues de haberla visto, se entretenia en recordar todas sus palabras y todas sus gracias, hasta que el sueño le rendia.

De este modo Rafaela ocupando su vida entera, habia llegado á ser una necesidad para su alma y para su espíritu antes siempre agitado y turbulento.

Empero ocurrió la escena que cortaba con ella toda relacion y volvió á su casa ofendido en su dignidad y creyendo cosa fácil olvidar aquellos amores campesinos.

Sin embargo, no pudo comer; no pudo dedicarse ni al estudio ni á la lectura, y le fué imposible conciliar el sueño.

La imágen de Rafaela grabada en su corazon con caracteres de fuego, le perseguia por todas partes y no le abandonaba ni aun en sueños.

Al siguiente dia, quiso distraerse y acudió para ello á toda clase de medios: por último se marchó á Huesca donde visitó los pocos amigos de su padre con quienes tenia alguna confianza; pero á las seis de la tarde estaba ya de regreso en su *Torre del Valle* sin haber conseguido distraerse ni olvidar á la hermosa aldeana.

Montó á caballo y se fué á la orilla del riachuelo; pero Rafaela no pareció.

Recostado en la peña dende acostumbraban á sentarse, sin apartar sus ojos del sendero por donde ella solia aparecer rodeada de sus cabras, estuvo hasta muy entrada la noche y cuando ya perdió toda esperanza de verla, se retiró á su casa.

Llevaba un humor insufrible, comió mal, y riñó á los criados por que en todo encontraba defectos.

Quiso jugar al billar con su apoderado; pero á la media hora lo dejó, y se subió á su cuarto, sintiendo un mal estar indefinible.

Sobre un velador tenia libros y periódicos: se puso á ojearlos, y no tardaron muchos instantes en rodar hechos trizas por el suelo; estaba insoportable.

Como hacia mucho calor en las habitaciones, se salió al balcon y se puso á contemplar la luna, que parecia querer consolarle.

Era una hermosa noche de agosto, tibia y perfumada, porque el aroma penetrante de las flores de los jardines embalsamaban el ambiente y alumbrada por una clarísima luna que prestaba á todos los objetos un triste poético y melancólico, muy en armonía con las tristes ideas que cruzaban por la mente de Octavio.

Como su pensamiento estaba fijo en Rafaela todo se la recordaba y al aspecto de aquella bellissima noche que le brindaba con sus encantos tuvo impulsos de marcharse á buscarla, y como el trovador errante cantaria trovas de amores á su ventana.

Ya tuvo la mano puesta en el cordon de la campanilla para que le preparasen un caballo: pero el reloj de la torre dió las dos de la madrugada, lo que le hizo volver de su delirio.

—Qué locura! exclamó. Si estarán durmiendo todos los criados. Y además, yo no sé siquiera donde vive Rafaela, ni me ha ocurrido jamás preguntarla el nombre de su abuelo, ni el de su padre. Sé únicamente que es guarda de ese monte vecino, pero como no hay uno solo, ¿cuál de ellos será?...

Se quedaba unos instantes pensativo y exclamaba otra vez:

—Ah! yo necesito verla; me es indispensable, sufro muchísimo y este estado de agitacion nerviosa en que me encuentro va á concluir con mi vida.

Volvia á quedarse abismado en sus reflexiones y animado de una nueva idea contraria á la anterior decia levantándose con ímpetu y dirigiéndose á la cama.

—Pero qué imbécil soy!... no es en mí degradante estar de esta manera subyugado, por una campesina, por la nieta de un guarda de monte, por la hija de un hombre rudo y grosero, que tiene el atrevimiento de amenazarme con su garrote? Esto es risible!... ridiculo!... nécio!...

Y yo no debo ni pensar en ella.

Se acostó con la esperanza de dormirse, y en efecto la fatiga le rendia; pero todos sus esfuerzos eran inútiles para combatir aquella afeccion moral.

Estaba verdaderamente enamorado, y su pasion crecia con los obstáculos.

Pasaron tres ó cuatro dias, fué sin perder uno al valle y la jóven no volvió á parecer por allí. Su ausencia le volvia loco.

Entonces recordó su última entrevista y se acordó de aquel Anton, que tenia una torre en el campo de la Barona,

que habia hecho á Rafaela proposiciones de casamiento.

Dió un rugido al fijarse en esta idea y arrancándose el cabello en ademan de ira gritó con creciente rabia:

—Nó! nó! su marido nunca!... le mataré antes.

Se lanzó furioso hacia un calendario que tenia en su despacho:

—Ah!... respiro; murmuró algo mas tranquilo; hoy es sábado; pero no puedo perder un minuto, mañana domingo por la tarde le dará la contestacion en el baile de la alameda en Moralejo, segun me indicó ella misma y yo debo verla antes.

Me iré al monte, la buscaré, y pasaré si es preciso la noche entre las carrascas hasta que la vea... siquiera estaré mejor que en mi cama donde hace seis dias que no duermo ni descanso... Ah! parece un lecho de espinas!...

Y dirigia á la cama una mirada colérica como si hubiera sido culpable de que el infeliz no pudiera dormir por la agitacion de espíritu en que se hallaba.

Miró su reloj. Eran las cuatro.

—A las cinco me iré y no vuelvo hasta que la hable; si no lo consigo esta noche, me voy á Moralejo y la veré en el baile. Esta hora que me queda la emplearé en escribir á mi padre, le diré el estado de mi corazon y que me auxilie con sus consejos.

Hizolo así en efecto; necesitaba expansion su alma y dejó correr la pluma, confiándose á su padre con la mayor franqueza, sin omitir ni el mas pequeño de sus pensamientos.

Cerró la carta, hizola llevar al correo y pidió el caballo, marchándose á todo galope á las orillas del riachuelo.

CAPITULO CXXII.

Meditacion.

Las grandes pasiones tienen el poder de subyugar de tal manera al individuo, que todas sus facultades físicas y morales las pone al servicio de aquella idea poderosa, avasalladora, que le domina por completo.

Enteramente ciego Octavio, ya no pensaba, ni en su posición, ni en su clase, ni en los peligros que corria buscando por el monte á su amada.

Ni siquiera se acordó del garrote de Anselmo que tanto le preocupó en los primeros dias, torciendo momentáneamente el curso de sus pensamientos, que como torrente desbordado, volvieron á encausarse por el campo de su amor.

Antes de media hora, se halló en el sitio donde acostumbraban á tener lugar sus entrevistas con Rafaela, animado con la esperanza de encontrarla, pero como en los dias anteriores, la gèntil pastora no se presentó con su ganado en las orillas del riachuelo.

Sin embargo, Octavio no se desalentó; ató su caballo á un árbol y fué á sentarse en una pequeña eminencia, desde donde se dominaba una gran porcion de terreno.

Tenia á sus piés el rio que se deslizaba murmurando, á su espalda el monte, con sus corpulentas carrascas y matorrales y enfrente un magnífico olivar que era de su propiedad y que se estendia indefinidamente.

A su izquierda estaba el puentecillo de piedra que servia para cruzar el riachuelo y un poco mas allá una cruz de piedra, de la que tomaba nombre el ameno valle.

Este sitio, á la hora del crepúsculo, en una tarde de estío era delicioso, y muy apropósito para disponer el ánimo á la meditacion y á la melancolía.

Octavio que estaba triste desde luego, se dejó dominar por sus emociones, y examinando su conciencia y las diversas peripecias de su vida, se encontró muy cambiado.

Ya no decia como un mes antes. «Bah!... iria yo á casarme con una rústica aldeana!... imposible! eso no puede ser!...»

Ahora pensaba al acordarse de los invencibles obstáculos que le separaban de su amada:

—Y por qué no puede ser mi esposa?... en resumen, qué soy yo?... Hijo del opulento y nobilísimo marqués de Nieblas, es verdad; pero este marqués es hoy un... presidiario!...

Octavio al fijarse en este pensamiento se cubria la cara con las manos, escapándose gruesas lágrimas de sus ojos.

En medio de su afliccion seguia murmurando:

—Anselmo es un hombre honrado, y ni aun para marido de su hija admitirá al hijo de un presidiario, que no

es legítimo siquiera, porque no tiene madre reconocida. Oh! Dios mio! Dios mio! qué infeliz soy! y para mayor tormento, ya que no soy hijo legítimo, mi madre es una cigarrera; una capitana de bandidos!...

Abismado en estos tristes pensamientos le sorprendió la noche; iba á levantarse cuando sintió á su espalda el ruido acompasado y monótono de un ganado que por la vereda adelante se acercaba en direccion al riachuelo.

Su corazón latió con violencia, y lleno de ansiedad le contempló acercarse. Un muchacho y una niña de diez á doce años le guiaban.

Octavio buscaba entre ellos á Rafaela. Pero Rafaela no iba.

Además su amada no llevaba mas que unas cuantas cabras, y aquel ganado que se componia de cabras y de ovejas era numeroso.

Sin embargo, se levantó algo agitado y se acercó á ellos.

Los dos pastorcillos le miraron con atencion.

Octavio dejando al chico detrás se adelantó hácia la niña, que se habia sentado en una piedra á la orilla del río, mientras bebían las cabras que sin duda estaban á su cuidado.

—Dime niña, le preguntó, de quién son estas cabras?... qué hermosas son!... y sobre todo aquella blanca y negra es preciosa.

El jóven las miraba con particular atencion creyendo reconocerlas y no se engañaba.

—Son de un guarda de este monte, dijo la muchacha; las cuidaba una nieta suya, pero se han marchado á Mora-

lejo hace cinco ó seis dias y las dejaron en nuestro ganado.

—Hasta que vuelvan?... preguntó Octavio.

—Yo no sé; Rafaela las llevó á nuestra choza y no dijo si vendrian pronto; me parece que nó, porque su abuelo está muy enfermo, y ya ha venido otro guarda en su lugar.

—Y tú querias mucho á Rafaela?... exclamó Octavio que sentia un consuelo en hablar de su amada.

—Ay! si señor!... es tan buena!... ¿quién no la quiere en el pais?... Ellos son pobres; pero no hay familia mas honrada, ni mas caritativa. Cuando estamos enfermos, Rafaela no se aparta de la cabecera de nuestra cama, y nos surte de yerbas para todos los males, porque mientras está con su ganado se ocupa en recogerlas en el campo, siempre con la idea de ser útil. Y lo consigue, pues no hay un pobre en estos alrededores que al sentirse enfermo, no vaya á buscar á Rafaela. Conoce las virtudes de todas las yerbas y aplica enseguida el remedio, con una bondad y un cariño que se gana las bendiciones y el amor de todo el mundo.

—Con qué tan buena es?... dijo Octavio conmovido ante el sencillo relato de la campesina.

—Es un ángel!... y crea usted que si alguien se atreviera á ofenderla, tendria cien defensores que darian su vida por ella. Así tiene tantos novios, todos la quieren!... No la conoce usted?... dijo ingénuamente la niña.

—Nó, y desearia verla; repuso Octavio.

—Pues en Moralejo vive su padre Anselmo el forzudo, y allí la podrá usted ver.

—Está muy léjos de aquí ese pueblo?...

—No, señor; dos horas escasas.

—Muchas gracias, niña; tú tambien eres muy buena

y se conoce que son modelo de gracia y de belleza las pastoras de estos valles.

La chica que no estaba acostumbrada á oír estos elogios, le miró con sorpresa y no contestó.

El ganado habia concluido de beber, la noche estaba encima y los dos muchachos empezaron á replegarlo hácia la vereda.

Octavio se despidió, y tan triste y cabizbajo como habia llegado, fué á buscar su caballo y se encaminó á su casa.

—Qué te ha preguntado ese monicaco de señoritin?...

—Nada; me ha hablado de Rafaela y de sus cabras.

—Bah! si será el señorito de la *Torre del Valle*, que la andaba rondando segun dijeron la otra noche los pastores?... Pues, si me lo dice á mí le rompo la joroba de un garrotazo. Estos monos, no quieren mas que seducir las chicas y Rafaela no se peina para él, otros mas estirados la pretenden y ella los desdeña.

Los dos chicos quedaron en esta conversacion mientras que Octavio se alejaba á buen paso.

Demasiado convencido estaba de que era ya imposible toda tentativa de seduccion, y aun cuando bullia en su mente la idea de casamiento, le atormentaba la sospecha de que ni aun para marido le querrian aquellos altivos y bruscos montañeses.

Inquieto y febril pasó la noche, y de sus sombrías cavilaciones resultó la decision inquebrantable y firme de irse á Moralejo aquella tarde, buscar á la jóven en el baile de la alameda y ofrecerla su mano.

Así lo hizo. Era el único medio de encontrar la felicidad; el mundo sin Rafaela le parecia un paraiso desierto.

CAPITULO CXXIII.

Oraciones.

Rosa acompañada de Tomás salió de Madrid inmediatamente que recibió la carta del Cura párroco de Moralejo y se dirigió á Huesca.

Llegó á la capital del alto Aragon al anochecer del mismo dia en que Octavio buscaba desesperado á Rafaela, y se encontró en la orilla del riachuelo á la pastorcilla que le dió noticias suyas.

Era sábado.

Moralejo distaba dos horas escasas de Huesca y no queriendo Rosa detenerse ni un minuto, buscó Tomás un caruaje, que los condujese inmediatamente al pueblo.

Anselmo no tenia en su casa habitacion donde colocar á toda su familia, y la tia Gervasia cedió su única sala para el enfermo, hasta que Rosa llegase, suponiendo que ésta no dejaria de adquirir enseguida su casa que era grande y espaciosa.

Con este motivo toda la familia rodeaba el lecho del tio Andrés que cada dia iba empeorando en su enfermedad.

La pobre ciega llena de resignacion y de santa confianza no abandonaba su cabecera prodigándole toda clase de consuelos con la dulzura de su palabra, mientras la tia Gervasia y las dos Rafaelas cuidaban de los medicamentos, que recetaba el facultativo del pueblo que le asistia, por recomendacion especial del señor Cura.

Este venerable sacerdote iba á visitar á su enfermo todas las tardes al anochecer y generalmente solia permanecer á su lado un par de horas.

El sábado llegó un poco mas tarde que de costumbre.

— ¡Ay! señor Cura; exclamó la ciega reconociéndole por sus acompasados y lentos pasos que resonaban con cierto aire de gravedad sobre el pavimento. Ya creíamos que no venia usted y le iban á llamar.

— Pues qué sucede?... cómo vá, tio Andrés?... dijo acercándose á la cama.

El enfermo contestó con un signo melancólico de cabeza y su mujer repuso:

— Está tan desazonado Andrés esta tarde y tiene tales aprensiones que no bastan nuestros esfuerzos para calmarle, por eso deseábamos que usted llegase, porque su santa palabra á semejanza de un bálsamo prodigioso tiene el poder de calmar todos sus arrebatos.

— Y por qué está usted inquieto?... precisamente acaba de decirme el médico que le encuentra mucho mejor, con la cabeza mas firme y menos fiebre que estos días.

— Tal creo tambien yo, dijo el enfermo; pero mi espíritu está mas turbado, me parece que me voy á morir sin ver á Rosa, sin que me perdone el mal que he podido causarla, y esta idea me hace un daño horroroso.

—Pues no hay motivo para desconfiar, se la escribió el lunes, hoy es sábado y habrá tenido que venir á Zaragoza, desde Zaragoza á Huesca, y desde Huesca á Moralejo.

—Pero no han escrito, ni ella ni Tomás, y nõ sabemos á qué atribuir este silencio; dijo la ciega.

—A su venida; está claro; si se ha puesto en camino así que recibió mi carta ¿para qué habia de escribir?

—Eso le estamos diciendo; pero son tan aprensivos estos enfermos, que se forjan mil quimeras y prefieren dar crédito á sus extravagantes caprichos, antes que adoptar la opinion de su mujer y de sus hijos.

—¡Ea! tío Andrés, pues, ahora no tiene usted razon y todos iremos en contra suya; Rosa, es buena, tiene un gran corazon, y está muy perseguida por el infortunio para que no acoja con placer vivisimo esta ocasion que se le presenta de reconciliarse con su familia.

Yo la espero, mañana ó pasado, lo mas tarde.

—Y quién sabe si vendrá esta noche, señor Cura, murmuró con acento profético la anciana; desde el lunes estoy contando los dias y las horas y si no ha perdido momento debe llegar hoy.

—¡Dios te oiga!... exclamó el tío Andrés; señor Cura, si yo llegase á morir esta noche sin el consuelo de abrazar á Rosa, mi agonía seria horrible, porque tengo la conviccion profunda de que obré muy mal con ella, y Dios no podrá perdonarme.

—Cálmase usted y procure reponerse tomando algun alimento, porque Rosa vendrá y la emocion que ha de producirle su primera vista será fuerte. La calentura que usted padece es tan pequeña que le permite tomar algunos

caldos; con que ya puede usted dar orden para que le traigan una taza, y en tanto voy á leerle algunas oraciones piadosas que calmarán á no dudarle la agitacion de su espíritu.

Diciendo esto el sacerdote se sentó á la cabecera de la cama, acercó la luz á la pequeña mesa que allí habia conteniendo algunos vasos y frascos con medicamentos y se puso á leer con voz pausada algunos trozos religiosos de un libro de oraciones.

La ciegucecita apoyándose en las paredes, porque nueva la casa para ella no la conocia y necesitaba este auxilio, llegó á la puerta de la sala y llamó á Rafaela pidiéndola una taza de caldo.

Poco despues, fueron entrando todos los de la casa, con ánimo de rezar el rosario, piadosa costumbre que no abandonaba nunca la familia,

La alcoba era espaciosa, en el centro estaba la cama del enfermo, á su derecha se habia colocado el señor cura, á su izquierda, la señora Gervasia, con la ciegucecita; Anselmo y su mujer á un lado, y la jóven Rafaela fué á sentarse á los piés de una hermosa vírgen del Pilar, que estaba colocada cerca de la cama.

Varias vecinas que acudian todas las noches al rezo, segun piadosa costumbre del pueblo, se fueron colocando en diferentes sitios, de modo que llenaban la alcoba y parte de la sala.

Como la enfermedad del tío Andrés, no requeria un silencio absoluto, y además él pidió terminantemente que se rezara en su alcoba, no quiso el facultativo prohibirlo, y menos el señor Cura que tenia la conviccion profunda de

que su mal estaba sostenido por la parte moral mas bien que por la fisica.

Con el mas religioso silencio escuchaban todas las oraciones que el señor Cura leia; despues empezó á rezarse el rosario, terminando cerca de las nueve sin que el mas leve ruido les hubiera interrumpido en su piadosa tarea.

Cuando el murmullo del rezo cesó por completo, los circunstantes oyeron que la respiracion del enfermo era mas fatigosa y de vez en cuando se escapaba un profundo suspiro de su agitado pecho.

Estaba un poco levantado porque le habian puesto detrás unas almohadas, su cabeza se inclinaba como bajo el peso de un remordimiento, y sus manos gruesas en otro tiempo y al presente flacas y huesosas, se cruzaban sobre su vientre.

El oido finísimo de la ciegucecita fué el primero en percibirse de la respiracion anhelante del tio Andrés. Tendió la mano y asiendo las suyas que estaban heladas exclamó:

—Andrés, estás frio?... te sientes peor?...

Absorto profundamente en un pensamiento que le dominaba, tenia los ojos cerrados y no contestó á su mujer.

Entonces se levantó el señor Cura y acercándose á él le examinó con atencion.

Todos los circunstantes se alarmaron poniéndose en pié y rodeando la cama.

El tio Andrés abrió los ojos y exclamó:

—No os asusteis; es que estoy oyendo á lo léjos en el camino de Huesca el ruido de un carruaje... escuchad!... Es Rosa que llega....

CAPITULO CXXIV.

Reconciliacion.

La familia, el sacerdote, las vecinas, todos se miraron unos á otros. Ninguno sentia el mas leve rumor y creyeron que el enfermo deliraba.

De repente la ciegucecita lanzó un grito de júbilo, y dando una palmada exclamó.

—Es verdad!... yo tambien lo siento!...

Anselmo salió como una exhalacion á la calle para cerciorarse por sí mismo.

Los circunstantes guardaron un religioso silencio y efectivamente algunos segundos despues, el ruido de las ruedas ya fué perceptible para todos.

Como eran cerca de las diez de la noche no andaba ningun carruaje por la calle y no era fácil equivocarse.

Además la casa en que estaban daba espaldas á la carretera de Huesca y el tio Andrés no se engaño.

Transcurrieron con una ansiedad indecible algunos mi-

nutos, durante los cuales fué progresando el ruido del carruaje que se acercaba hasta que se paró en la puerta.

Anselmo y su hija Rafaela que habia salido tras él se precipitaron en la habitacion esclamando con júbilo infinito.

—Ella es!... ella es!...

Esta sencilla frase causó una revolucion moral en los circunstantes, que esperaban á Rosa con impaciencia suma.

Los latidos del corazon del enfermo se hicieron mas fuertes, con la mirada fija en la puerta, con los labios temblorosos y los brazos estendidos esperó á su hija que apareció llevada en triunfo por toda su familia.

Dos gritos agudos, profundos, salidos del fondo del corazon, dos gritos que decian ¡padre mio!... ¡hija de mi alma!... resonaron en la habitacion siendo escuchados con religioso respeto por todos los circunstantes que imitando al sacerdote habian caido de rodillas al pié de la cama.

Solo permanecia en pié Rosa; pero fuertemente abraza da á su padre y escapándose del pecho de ambos comprimidos sollozos.

Escenas de esta naturaleza que se sienten y no se es plican solo puede bosquejarlas levemente la pluma. Enco mendadas á un hábil pincel que hiciera resaltar todos sus detalles, seria magnifico este cuadro de reconciliacion en tre el padre y la hija.

Hasta la hermosa imágen de la Virgen del Pilar apa reciendo entre dos luces por encima de la venerable cabeza del sacerdote parecia sonreir de júbilo, ante aquella escena de familia donde el sentimiento purisimo del alma, ageno á todas las mezquinas pasiones de la vida se desbordaba

como torrente impetuoso que todo lo avasalla, dominando á su capricho, y arrancando lágrimas á todos los ojos, suspiros á todos los corazones.

Cuando el corazón siente, el labio calla, los sentimientos verdaderos y puros tienen siempre en la palabra por elocuente que esta sea, muy mal intérprete, y en semejantes casos el silencio es la mas sublime elocuencia.

Por esta razón durante algunos minutos se oyeron únicamente sollozos entrecortados en aquella reducida habitación donde habia agrupadas mas de treinta personas.

Pasados algunos minutos, empezó á obtener el natural descenso la profunda emoción que impuso tan sepulcral silencio y empezaron los vecinos á felicitar á la familia, Rosa pudo al fin, después de mucho tiempo desprenderse de los brazos de su padre, para caer siempre llorando en los de su madre y después en los de todos los circunstantes uno por uno.

El sacerdote la esperaba de pie con los brazos abiertos:

—Soy un pobre anciano la decía que he estado siempre rogando á Dios por tí, ¡pobre hija mia!...

Rosa cayó de rodillas ante él, exclamando conmovida.

—Su bendición!... su bendición!... bendígame usted padre mio!...

Las manos del sacerdote se posaron sobre su cabeza, balbuceó temblorosamente algunas piadosas palabras y luego cogiendo las manos que el tío Andrés estendia hácia ellos las puso en la cabeza de Rosa, diciéndola.

—Estás perdonada hija mia, de todas tus faltas; desde hoy se abren para tí nuevos horizontes.

—Sí; hija de mi alma; yo te perdono con todo mi cora-

zon, añadió el tío Andrés; pero perdóname tú el mal que he podido causarte en un momento de ceguedad hijo de este carácter obstinado que heredé de mi padre y de mi abuelo.

—Nó, padre mio, nó; yo sola soy la culpable; fui débil, cometí una falta, y el cielo se valió de usted como de un instrumento para castigarme. Ya espíe, bastante cruelmente todos mis delitos durante veinte años de amargos infortunios, ahora vengo á morir en paz entre sus brazos.

Anselmo que durante toda la escena anterior habia permanecido silencioso y medio oculto en un rincon, con la cabeza baja y los brazos cruzados se adelantó hácia la cabecera de la cama donde formaban un grupo, el sacerdote, el tío Andrés, su mujer y Rosa y exclamó dirigiéndose á ésta.

—Hermana!... y á mí me perdonas?...

—Ah! perdonadme vosotros todos, si yo no tengo nada que perdonar!... exclamó ella abrazándole tambien con cariñosa ternura.

—Sí, sí, fuimos, muy duros, muy crueles!...

—Pero yo habia llenado vuestra vida de amargura y vuestra honradez de vergüenza, dijo Rosa sin poder contener su emocion.

La ciegucecita era la menos culpable y de quien menos se ocupaban; pero ella asida á los vestidos de su hija no la soltaba un momento.

Por fin Rosa dió á todos satisfaccion cumplida, y cogiendo á su madre en brazos como si hubiera sido una niña, se sentó con ella en un sofá, y llenándola de ardientes caricias, le decia en voz baja:

—Ahora todo para usted madre mia!... mi vida, mi alma!... mi corazon!... todo mi sér consagrado en obsequio suyo no será bastante para recompensar su santa ternura y apagar la sed inestinguible de cariño que abrasa mi alma.

La nueva de este acontecimiento se extendió rápidamente por el pueblo; y aunque la hora era muy avanzada, conforme salian las vecinas que lo habian presenciado y lo iban contando, se iba llenando la casa de gente.

Era pública en el pais, la desgracia de aquella familia, y si bien muchos acriminaron á Rosa, la generalidad la compadecieron, y al conocerse con detalles exactos las peripecias de su vida, no hubo una persona sensata, que dejara de apreciarla, acriminando solamente al marqués de Nieblas, al que cobraron un horror profundo.

Rosa se rehabilitó, no solo con sus padres, sino con la opinion pública.

CAPITULO CXXV.

Reflexiones.

Si nuestros lectores recuerdan la interminable série de amarguras y los tristes episodios por qué habia pasado la pobre Rosa en el curso de su aventurera vida, comprenderán desde luego su satisfaccion al encontrar otra vez, cuando la creía perdida para siempre, aquella vida de familia, ese calor del alma con el que solo pueden vivir los corazones sensibles y generosos.

Rosa no era mala, todo lo contrario; por tener un gran corazon concibió por Jaime una pasión indomable, por ser una buena madre tuvo á su hijo un cariño inmenso, y al faltarle estos dos afectos, juntamente con el de sus padres, entró el ódio en su corazon y la desesperacion en su alma.

Todos los sentimientos tiernos se adormecieron en ella por espacio de muchos años; pero no por eso se pervirtió su excelente índole.

Cuando estaba al frente de su partida, dijo á sus facciosos «nuestro lema es este,» «ódio á los ricos, proteccion

al débil, al pobre y al inocente,» y lo cumplió; bajo su mando no consintió que se cometiese un asesinato, ni que se hiciera ruindad de mal género.

Derramó á manos llenas entre los menesterosos el dinero que habia robado á los ricos y fué á Madrid sin fortuna, sola y desvalida, teniendo que ganar su pan con el sudor de su frente.

Recibió heridas profundas en su corazon de mujer, de amante y de madre, se vió en una cárcel, por la mano misma del que debió protegerla; le arrebataron su hijo, única esperanza de salvacion y de felicidad con que contaba en el mundo y entonces se revolvió furiosa como leona á quien arrebatan sus cachorros contra la malvada mano que tan cruelmente la heria.

Odió á Jaime y este ódio la llevó á trabajar en contra suya, hasta que consiguió su perdicion completa.

Empero al verle humillado y arrepentido, ya el gran corazon de esta mujer extraordinaria sintió lo que habia hecho, y como no podia remediarlo, quiso morir y buscó la muerte en las barricadas.

Las balas la respetaron. No habia llegado aun decretada por el altísimo su última hora.

En este estado de desesperacion la encontró la carta del cura párroco de Moralejo; una débil esperanza de felicidad fué á iluminar la tenebrosa oscuridad de su vida, y llena de júbilo voló junto á su padre moribundo, sintiéndose feliz y recompensada de todas sus amarguras, al recobrar el afecto de su familia y el perdon de sus extravíos.

Esta historia con mil detalles conmovedores, corria en el pueblo de boca en boca, y al dia siguiente que era do-

mingo, no se hablaba de otra cosa en plazas y calles, deteniéndose las personas unas á otras para adquirir un nuevo dato, y agrupándose en corrillos para comentarlos á su manera.

Siempre se compadece á las víctimas y se aborrece á los tiranos; por eso creció el afecto hácia Rosa y se aumentó la violenta repulsion con que siempre habian mirado en el pueblo al marqués de Nieblas.

Además les separaba tambien la opinion, el pueblo de Moralejo era eminentemente liberal, y Jaime estaba reputado, como acérrimo carlista, aumentándose por este motivo el ódio que se le tenia.

Casi todo el pueblo acudió á visitar á Rosa, en aquella casita donde fué tan desdeñada cuando sus amores con Jaime, y que ahora le pertenecia nuevamente por la generosidad sin límites de Tula, que dió á Tomás órdenes y dinero para que la desempeñase inmediatamente que llegara al pueblo.

Hízolo así en efecto el honrado Tomás y ya la noche de su llegada pudo Rosa descansar en su casa. Al siguiente dia se trasladó toda la familia.

El tio Andrés empezó á sentir un alivio notable en su dolencia, concibiendo todos la consoladora esperanza de que su enfermedad terminaria en breve.

—Cuéntame, hija mia, cuéntame, sin omitir nada toda tu vida, y todas las felicidades y desgracias que has sufrido en esta larga ausencia; decia el tio Andrés á Rosa haciéndola sentar á su lado.

—¡Felicidades!... ¡ay!... padre miol... si no he tenido ninguna!... exclamaba Rosa tristemente.



—Pues tus penas.

—Y para qué afligir á V. con el relato de amarguras pasadas?...

—No importa, quiero saberlo todo; insistió el tío Andrés, con la tenacidad de un niño.

La ciegucecita agregó sus ruegos á los de su marido y entre ambos obtuvieron la promesa de que les haria en aquella tarde una minuciosa relacion de todas las peripecias de su vida.

Anselmo y su mujer que se enteraron del caso y la tia Gervasia quisieron estar presentes, pero no era conveniente que la jóven Rafaela escuchase ciertos detalles de aquella historia que tenia su parte de inmoral, aun cuando le hubiera servido de saludable lecion y convinieron en mandarla con sus amigas al baile que todos los domingos celebraban los mozos en un paseo que llamaban de la alameda.

Rafaela no habia pensado ir por la enfermedad de su abuelo, y la reciente llegada de su tia; pero al recibir la órden se alegró muchísimo porque esta diversion de que rara vez habia disfrutado por vivir en el monte era uno de sus placeres favoritos.

Inmediatamente fué á vestirse su gracioso traje de labradora aragonesa, que tenia reservado para los dias de fiesta, y que era el que sirvió á su madre el dia de su boda que guardó para su hija, porque de colores claros y de telas ricas, no convenia á una mujer llena de obligaciones, sino el primer año de su matrimonio.

Rafaela estaba con él encantadora. El ceñido justillo de terciopelo azul marcaba perfectamente la esbeltez de su airoso talle y la falda de rica seda esmaltada con grandes

ramos de flores, dejaba descubierto su pié diminuto como el de un niño y el principio de su bien torneada pierna.

Su rostro espresivo y bello, estaba arrimado por la esperanza, rayo hermoso de luz que transforma en placentero y alegre el rostro mas feo y adusto.

Cuando se presentó en la sala á despedirse de la familia, su tia la miró con asombro. La abrazó entusiasmada; diciéndola con acento conmovido:

—Ah! qué seductora estás!... Déjame añadir á tus encantos esta sarta de corales, que me regaló Isabel al despedirme.

Y puso en el cuello de la jóven un precioso collar que realzaba sus gracias.
